

EL «AFFAIRE» GALILEO

POR

HENRI PERRACHON

El «affaire Galileo» constituye, con la Inquisición y la noche de San Bartolomé, una trilogía clásica del arsenal anticatólico. Para el público en general, el nombre de Galileo evoca un sabio astrónomo que descubrió el movimiento de la tierra alrededor del sol, vio su teoría condenada por la Iglesia y fue quemado por hereje.

Por nuestra parte, se tiende muy a menudo a querer olvidar este episodio, que se considera penoso en la Historia de la Iglesia, pues se cree que no hay más remedio que declararse culpable en toda la línea.

Pero es preciso conocer la verdad acerca de Galileo, y, de ese modo, cuando se nos proponga este asunto con mala intención, podremos acogerlo con serenidad y desarrollarlo, partiendo de él, una poderosa ilustración acerca del catolicismo, que resultará exactamente en sentido inverso de la opinión común:

a) Con respecto a Galileo, se acusa a la Iglesia de oscurantismo; ¿es razonable esta afirmación cuando personajes de la Iglesia —como el canónigo Copérnico o el Papa Gregorio XIII— estuvieron en la vanguardia de las investigaciones astronómicas del siglo XVI?

b) Sean cuales fueren los reproches que se puedan hacer a los hombres de Iglesia con respecto al proceso de Galileo, se trata de una cuestión menor en el fondo y ejemplar en la forma: la Iglesia da allí una lección de civilización en la manera de tratar al que consideraba en ese momento como adversario.

Para iluminar el proceso al que se somete la Iglesia con respecto a Galileo, traemos aquí el testimonio de un testigo ajeno y más bien hostil al catolicismo. La operación de desmontar el explosivo contenido en el «affaire Galileo» resultará así más demostrativa.

El testigo que presentamos es Arthur Koestler, novelista e historiador israelita, nacido en Ungava en 1905. Autor del libro «El cero y el infinito», luchó contra el nazismo y el comunismo. Es un liberal, enemigo de todo dogmatismo, no tiene ninguna simpatía hacia la Iglesia católica a la que acusa fácilmente de «totalitarismo».

El artículo que aquí presentamos es sólo un resumen del estudio sobre Galileo, publicado por Koestler en un capítulo de su libro «Los sonámbulos» (las referencias que hacemos remiten a la edición aparecida en francés en la colección «Le livre de poche» de Calman-Levy, 1960). Para un estudio más completo de la cuestión, el lector puede consultar el libro de Abel Rongieras: «L'affaire Galilée».

El sistema de Copérnico

Un canónigo polaco, perdido en las brumas del mar Báltico, Nicolás Koppernigk, concibe, a partir de sus estudios sobre autores antiguos, más que por sus observaciones astronómicas rudimentarias, ciertas dudas sobre el viejo sistema de Ptolomeo: según este sistema, la tierra está en el centro del universo, las estrellas y los planetas giran a su alrededor.

Hacia 1514, hace circular, de un modo privado, un corto resumen de su tesis, que coloca al sol en el centro del mundo.

La Iglesia favorable a Copérnico

La Iglesia se interesa en sus trabajos. En 1532, el exsecretario particular del Papa León X da en el Vaticano una lección sobre el sistema de Copérnico: esta lección es acogida favorablemente.

En 1535, el cardenal Schoenberg, que goza de la confianza de tres papas sucesivos, León X, Clemente XII y Pablo III, incita a Copérnico a «comunicar sus descubrimientos al mundo científico» por medio de una obra impresa, lo que finalmente realizó Copérnico (pág. 168).

Los protestantes son más desconfiados

Las únicas y excepcionales críticas que sufrió Copérnico fueron de origen protestante.

Hubo, en primer lugar, el grosero e inofensivo desplante de Lutero: «este nuevo astrónomo que quiere probar que la tierra da

vuelta» (pág. 176) y sobre *«este imbécil que va en contra de la Sagrada Escritura»* (pág. 178). Además, una observación del mismo estilo se encuentra en una carta de Melantchon de 1541. Hacia 1531, en una comedia de carnaval en Elbing, figuraba un personaje, disfrazado de canónigo astrónomo, en medio de una procesión de eclesiásticos grotescos como era allí habitual... (pág. 176).

Copérnico murió en 1542, veintidós años antes del nacimiento de Galileo, sin haber sido molestado por la Iglesia. Solamente había sido impugnado por algunos científicos sobre las hipótesis complicadas y falsas que había formulado para explicar los movimientos «aberrantes» de los planetas.

Entonces llegó Galileo (1564-1642)

Koestler resume así la aventura de Galileo (págs. 416-417): *«La personalidad de Galileo, tal y como la presenta la vulgarización científica, es todavía más alejada de la verdad histórica que la del canónigo Kopperrigk. Se trata de razones partidistas más que de una benevolente indiferencia con respecto al individuo, distinto de su obra. Si el autor tiene tendencias teológicas, Galileo le sirve para irse de la lengua; en la mitografía racionalista se convierte en la Doncella de Orleans de la ciencia, el San Jorge que aniquiló el dragón de la Inquisición. No debe sorprendernos que la gloria de este hombre genial repose sobre todo en un descubrimiento que no hizo nunca, y en hazañas que nunca realizó. Contrariamente a las afirmaciones de numerosos manuales, aún recientes, de historia de las ciencias, Galileo no ha inventado el telescopio, ni el microscopio. Ni el termómetro, ni el reloj de balancín. No ha descubierto la ley de la inercia, ni el paralelogramo de las fuerzas o de los movimientos; ni las manchas del sol. No ha aportado ninguna contribución a la astronomía teórica; no ha dejado caer un peso desde lo alto de la Torre de Pisa; no ha demostrado la verdad del sistema de Copérnico. No ha sido torturado por la Inquisición, no se consumió en tenebrosas mazmorras, no dijo «eppur si muove»; no ha sido un mártir de la ciencia.*

»Lo que hizo fue fundar la dinámica y esto basta para colocarle entre los hombres de ciencia que forjaron nuestro destino. Dio a las leyes de Kepler el complemento indispensable para el universo de Newton. "Si he podido ver a lo lejos, decía Newton, es porque ha habido gigantes que me han llevado sobre sus espaldas". Estos gigantes fueron sobre todo Kepler, Galileo y Descartes.»

Y, sobre su conflicto con la Iglesia (pág. 504): «Estoy convencido que el conflicto de la Iglesia y de Galileo (o de Copérnico) no era inevitable; no se trataba de una colisión fatal entre dos filosofías contrarias, de un choque que debía producirse en un momento o en otro, sino más bien de un desacuerdo de temperamentos, de individuos, agravado por coincidencias desgraciadas. Dicho de otro modo, considero que es una ingenuidad y una falsedad el ver en el proceso de Galileo una especie de tragedia griega, un combate singular entre la "fe ciega" y las "luces de la razón"»

Galileo empieza enseñando el sistema de Ptolomeo

Lector en la Universidad de Pisa en 1589, profesor en la Universidad de Padua en 1592, Galileo, hasta 1613, sostuvo (por lo menos en público) el sistema de Ptolomeo (pág. 421): «... Su primera declaración pública, explícita, en favor del sistema de Copérnico sólo fue hecha en 1613, dieciséis años después de la carta a Kepler. A lo largo de estos años, no sólo enseñó en sus clases la vieja astronomía según Ptolomeo, sino que repudió expresamente a Copérnico. En un tratado que escribió para sus discípulos y para sus amigos, del cual existe una copia manuscrita fechada en 1606, movilizó todos los argumentos tradicionales contra el movimiento de la tierra: que la rotación la haría desintegrar, que las nubes se quedarían en camino...»

Cuando Galileo adopta a Copérnico, la Iglesia no se opone

Cuando en 1613 Galileo cambia oficialmente de opinión, la Iglesia no ve en ello ningún inconveniente (pág. 422): «El Con-

cilio de Trento ha redefinido las doctrinas y las prácticas de la Iglesia; no se dijo ni una sola palabra sobre el sistema heliocéntrico. Galileo, veremos, tuvo el apoyo de una pléyade de cardenales, entre los cuales estaba el futuro papa Urbano VIII, así como los mejores astrónomos jesuitas. Hasta el año fatídico de 1616, la discusión del sistema de Copérnico no sólo es permitida sino incluso estimulada, con la única condición de que se limitase al lenguaje científico, sin invadir el terreno de la Teología. Una carta del cardenal Dini, dirigida a Galileo en 1615, resume muy claramente la situación: "se puede escribir libremente siempre que se quede fuera de la sacristía". Es lo que olvidaron los discutidores y así fue como empezó el conflicto».

Los jesuitas apoyan a Galileo

Después de la publicación del *Mensajero astral*, los jesuitas se deciden claramente a favor de Galileo. «El papa Pablo V recibió al astrónomo en una audiencia privada y los jesuitas le hicieron los honores del Colegio de Roma con ceremonias que duraron un día entero.

»Cuando el superior del Colegio, el cardenal Bellarmino les preguntó oficialmente lo que pensaban de estos descubrimientos, fueron unánimes en confirmarlos...

»La Compañía de Jesús constituía la vanguardia intelectual de la Iglesia católica. Sus astrónomos, en toda Europa, empezaron a inclinarse hacia el sistema de Tico, una etapa en el camino hacia el sistema de Copérnico. Este último podía discutirse y defenderse como una hipótesis de trabajo, pero no se aconsejaba presentarlo como una verdad definitiva, porque parecía contradecir la interpretación que se daba a la Sagrada Escritura, por lo menos hasta que no se hubiese encontrado una prueba definitiva a su favor...

»Así, la Orden religiosa católica más influyente desde el punto de vista intelectual se alejaba resueltamente en esta época de Aristóteles y Ptolomeo, adoptando una posición intermedia entre éstos y Copérnico. Cubría de alabanzas y de honores a Galileo, conocido

como copernicano, y protegió hasta el final a Kepler, el apóstol de Copérnico.

«Sin embargo, existía un grupo poderoso cuya hostilidad contra Galileo no cesaría nunca: era el formado por los aristotélicos de las Universidades.»

Son los seculares los que atacan

«El primer asalto atacando el sistema de Copérnico desde el punto de vista religioso no fue de origen eclesiástico, tuvo su origen en un seclar...»

«Galileo se preocupaba entonces tan poco de un eventual conflicto teológico que dejó pasar casi un año antes de pedir la opinión de su amigo el cardenal Conti sobre este asunto. El cardenal respondió que, con respecto a la "inmutabilidad" de los cielos, la Escritura parecía más próximo a Galileo que a Aristóteles. En cuanto a Copérnico, el "movimiento progresivo" (es decir, anual) era admisible, pero el movimiento diurno no parecía estar de acuerdo con la Biblia, salvo si se supone que algunos pasajes no debían tomarse en un sentido literal; pero una interpretación de este modo sólo estaba permitida "en caso de una necesidad extrema"» (1) (páginas 511 y 512).

El talante polémico de Galileo echa a perder todo

Todo habría quedado en el estado de discusiones entre teólogos y científicos si no fuese por el mal carácter de Galileo.

«...En las polémicas, el estilo de Galileo fue evolucionando, pasando de la invectiva grosera a la sátira, a veces fácil, a menudo sutil y siempre eficaz.»

«Abandonó el chuzo y empuñó la espada con maestría al mismo tiempo; en sus planteamientos, su lucidez le permitió alcanzar un lugar eminente en la prosa didáctica italiana. Pero detrás de esta

(1) A. Koestler indica aquí la opinión personal del cardenal Bellarmino.

fachada se escondían las mismas pasiones que habían explotado en el asunto del compás: la vanidad, la envidia, el orgullo, unidos a una fuerza demoníaca que casi le llevó al suicidio. Estaba completamente exento de tendencias místicas, contemplativas, en las cuales las pasiones pueden a veces sublimarse; era incapaz de superarse y de refugiarse como Keplero en sus horas difíciles, en el misterio cósmico.

»No tenía nada de medieval; era, totalmente, terriblemente moderno.»

Galileo es conminado a suministrar una prueba que no tiene

Galileo es requerido para que suministre pruebas del sistema copernicano que sostiene (págs. 517 y 518).

«Las proposiciones enunciadas, pero no rigurosamente demostradas, tales como el sistema de Copérnico, no estaban condenadas previamente cuando parecían contradecir la Sagrada Escritura; eran simplemente relegadas al papel de hipótesis de trabajo (lo que era realmente su papel); esto quería decir: "atención, si traéis una prueba, entonces, pero sólo entonces, tendremos que reinterpretar la Escritura, de acuerdo con esta necesidad". Pero Galileo no quería que le obligaran a suministrar pruebas; pues el fondo de la cuestión es que no tenía pruebas...»

Error de perspectiva, común a ambos adversarios.

Galileo, exigiendo que la interpretación tradicional de la Escritura fuese modificada y los expertos eclesiásticos negándose a ello, cometían el mismo error de perspectiva. El escritor sagrado sólo está inspirado por el Espíritu Santo en la medida que suministra un mensaje de orden espiritual, relacionado con la salvación. Para los hechos de la vida ordinaria y su interpretación, comparte las opiniones y las ignorancias de su época.

Hay, pues, que distinguir, sin separarlos de un modo absoluto, estos dos órdenes del saber que son el mensaje de la salvación y las verdades científicas. La Escritura no ha sido dada a la humanidad

para suministrarle una explicación del mundo (2). El desarrollo de las ciencias, desde el siglo XVI ha dado a la Iglesia la ocasión de darse cuenta de este hecho; no es sorprendente, dado el estado embrionario de la investigación científica en el siglo XVI, que esta verdad no se haya conocido claramente y que haya estado oscurecida en esta época a los ojos de muchos.

El Santo Oficio se inhibe dos veces

Un panfleto de Galileo, la *Carta a Castelli*, fue denunciado al Santo Oficio, el cual decretó que varias palabras de este texto «*sonaban muy mal, que, sin embargo en su contexto no eran de naturaleza tal que pudiesen ser consideradas como desviaciones de la doctrina católica y que con respecto al resto de la carta no había ninguna objeción que hacer*». Era un sobreseimiento (pág. 524).

Una segunda vez, un dominico excitado, el padre Cacini, denunció de nuevo a Galileo al Santo Oficio. Hubo un nuevo sobreseimiento.

Pero la tercera vez, en 1616, el equívoco se agrava

La teoría copernicana tuvo entonces como adversario un personaje de primer plano que la Iglesia ha canonizado, el Cardenal Bellarmino. Tenía 73 años y era general de la Compañía de Jesús y consultor del Santo Oficio.

Era el teólogo más respetado de la cristiandad. Su autoridad sobrepasaba a la del papa mismo (pág. 526).

La posición de Bellarmino difiere de la de los teólogos de su tiempo, por relativamente liberal, aunque prudente. Renueva a Galileo la petición de una prueba verdadera como condición indispensable para que se renuncie a la interpretación tradicional de la Escritura.

(2) Lo que no significa que su aporte científico sea despreciable: en lo que se refiere a las ciencias humanas, especialmente un científico católico no puede desligarse de lo que la Biblia presenta de antropología.

Pero Galileo rehúsa dar la prueba pedida (pág. 532) y su negativa la hace de un modo despectivo (pág. 534): «*Cómo puedo hacer esto (suministrar la prueba pedida) sin perder sencillamente mi tiempo, cuando estos peripatéticos, a los que es necesario convencer, se muestran incapaces de seguir los razonamientos más sencillos*».

Habla más adelante (pág. 536) del «*ejército de malvados que no conocen nada de la cuestión*».

Koestler hace notar que es «*un método excelente para triunfar en un momento y crearse enemigos para toda la vida*».

Acosado, Galileo trae a favor de la teoría copernicana una falsa prueba sacada de la teoría de las mareas. Naturalmente no convence a nadie.

Contenido, alcance y consecuencias de la condena de 1916

Los «calificadores» del Santo Oficio acusan de herejía el sistema copernicano. Pero, finalmente, el decreto de la Congregación del índice fue más moderado. Ya no habla de herejía. No nombra a Galileo. Sin embargo condena el libro del padre Foscarini, defensor del sistema de Copérnico, que juega, así, el papel de chivo expiatorio. En cuanto al libro de Copérnico «*De revolutionibus orbium coelestium*», resultó suspendido hasta que fuese corregido.

Koestler comenta (pág. 543): «*La opinión de los calificadores quedó reducida a una pieza jurídica no revestida de la autoridad pontificia y, por lo tanto, sin comprometer a los miembros de la Iglesia. En consecuencia, la inmovilidad de la tierra no fue nunca dogma de fe y la del sol no fue nunca definida como herética.*

«*Consideraciones jurídicas análogas se aplican al decreto mismo. Este texto, promulgado por la Congregación del Índice, no fue confirmado ni por una bula pontificia, ni por un concilio ecuménico: su contenido no fue, por lo tanto, nunca materia dogmática. Y si esto no ocurrió, no fue por casualidad, pues se sabe que se trata de una política a la cual los cardenales Barberini y Gaetani empujaron al papa Pablo V, que hubiese querido declarar herético a Copérnico y "basta".*

«Los apologistas católicos han insistido repetidas veces sobre estos hechos, pero este género de sutilezas no tiene ninguna influencia sobre el hombre de la calle; dogma o no dogma, la condena del sistema de Copérnico como «completamente opuesto a la Santa Escritura» en 1616, y como "formalmente herético" en 1633, bastaba de sobra para producir un efecto desastroso.»

Seis días después del decreto que no le concernía directamente, Galileo fue recibido por el Papa durante tres cuartos de hora. Se hacía todo lo posible para ahorrarle una humillación pública, pero se le intimidaba confidencial, pero firmemente, para que respetara los límites prescritos (pág. 549).

El libro del canónigo Copérnico permaneció en el Índice durante cuatro años. En 1620, la autoridad eclesiástica le hizo algunas correcciones insignificantes: nueve frases, en las cuales el sistema heliocéntrico estaba presentado como cierto, fueron cambiadas. A partir de esa fecha, cualquier editor católico tenía libertad para reimprimir el *Libro de las revoluciones*.

Era una victoria del cardenal Gaetani y del cardenal Barberini (el futuro Urbano VIII) que habían defendido a Galileo y el sistema copernicano contra el difícil papa Pablo V.

Galileo vuelve a polemizar

Todo hubiese podido quedar así.

Durante siete años Galileo no publicó nada.

Pero en seguida empezó a polemizar contra jesuitas poderosos. El padre Grienberger, director del Collegium Romanum, decía: «Si Galileo no hubiese incurrido en el disgusto de la Compañía, habría podido continuar escribiendo libremente sobre el movimiento de la tierra hasta el fin de sus días».

La actitud de los jesuitas pasó de la amistad a la hostilidad, no por razones teológicas, sino a causa de los ataques que Galileo lanzó contra las jerarquías de la Compañía (pág. 561). En el intervalo, el santo cardenal Belarmino había muerto. Sus colegas y sucesores no tenían su magnanimidad.

Galileo ataca hasta al papa Barberini

El cardenal Barberini se había convertido en Urbano VIII en 1623. Defendía a Galileo y decía: «*La Iglesia no ha condenado su doctrina como herética pero solamente como temeraria*» (pág. 563).

Pero Galileo cometió la torpeza insigne de atacar con agudeza y hasta con maldad a este pontífice amigo que, hay que reconocer, no tenía la modestia entre sus principales virtudes.

La obra titulada *Diálogo entre los dos grandes sistemas del mundo*, muy irónico frente al Santo Padre, hizo estallar la cuestión. Además, Galileo obtuvo el *imprimatur* para su «diálogo» por medios complicados, lindando con el fraude. Urbano VIII no tuvo entonces otro pensamiento que el de lavar la afrenta que se le había hecho personalmente (pág. 578).

Como colmo, Galileo se defiende mal...

El proceso empezó en 1632 con una larga instrucción. Tres expertos de la Inquisición emitieron sus informes, informes que «*todos los historiadores están de acuerdo en reconocerles exactitud e imparcialidad*» (pág. 580).

Galileo llegó al límite de la torpeza llegando a negar la evidencia, pretendiendo que nunca había sostenido las tesis de Copérnico, sino todo lo contrario, pues decía que las había combatido. Esto no era ni digno ni eficaz.

Galileo, tratado con consideraciones excepcionales, es condenado a pesar de todo

Galileo no estuvo ni un solo día en la cárcel. Alojado durante el proceso, primero en la villa Médicis, en casa del embajador de Toscana, fue transferido a los mismos locales del Santo Oficio, donde disponía de un apartamento de cinco habitaciones con vistas a San Pedro y los jardines del Vaticano. Estaba servido por su lacayo y

por el mayordomo del embajador que tenía como misión el disponer la mesa y seleccionar los vinos. Pasó un mes en el Santo Oficio y se le permitió, antes del fin del proceso, volver a la villa Médicis.

Finalmente Galileo fue condenado con moderación y abjuró sus errores.

La penitencia fue suave

Fue condenado a prisión, pero esta prisión no tenía nada de carcelaria. Se trataba, en realidad, de un arresto domiciliario. Primero fue alojado por el gran duque de Toscana en Trinità del Monte, luego estuvo algún tiempo en el Palacio del Arzobispo de Siena, Piccolomini, en donde el poeta francés Saint Amand le encontró en un «alojamiento tapizado de seda y muy ricamente amueblado».

Galileo fue también condenado, como puede serlo todo penitente que se confiesa, a recitar una vez por semana durante tres años los siete salmos de la penitencia. Se descargó de esta obligación con cierto descaro, encargando a su hija sor María Celeste, carmelita, que cumpliera por él la penitencia, lo que la Iglesia aceptó.

Un final de vida bien empleado

Galileo pasó el año que siguió al proceso escribiendo un libro sobre el que se basa realmente su gloria, *El discurso sobre las cien-*

Tres puntos claves

1.º Fue el canónigo Copérnico (1473-1543) y no Galileo (1564-1642) quien intuyó el sistema heliocéntrico (estudio del movimiento de los cuerpos celestes en relación a sus ejes centrados en el sol y de direcciones fijas en relación a las estrellas).

2.º Galileo no fue condenado por haber adoptado este sistema, sino por haber querido interpretar las Escrituras.

3.º No fue quemado sino tan sólo residenciado en un palacio.

cias naturales... En fin, cuando tenía más de setenta años volvió a descubrir su verdadera vocación: el estudio de la dinámica. Lo había abandonado desde hacía 25 años para lanzar su propaganda sobre la astronomía heliocéntrica que conocía apenas (pág. 591).

Recibía visitantes, entre ellos el poeta inglés Milton. Murió en 1642 a la edad de 78 años rodeado de sus amigos y discípulos: Castelli, Torricelli, Viviani...

Sus restos no fueron aventados como los de Kepler. Reposan en el panteón de los Florentinos, en la iglesia Santa Croce, cerca de las tumbas de Miguel Angel y de Maquiavelo.

La posteridad le dio un epitafio, «Eppur si muove» (3), que Galileo nunca pronunció.

Conclusión: un episodio menor en su fondo, ejemplar en su forma

Se deduce de la narración animada y documentada de A. Koestler que el «affaire» de Galileo se reduce finalmente a una mala querrela de sabios y de teólogos, agravada por la impertinencia de unos y la susceptibilidad de otros.

Hay que tener también en cuenta la época: la Iglesia estaba herida desde hacía más de un siglo por la agresión protestante y los estragos del libre examen. El error de los teólogos de esos tiempos fue, sin duda, el ejercer, en un ámbito científico, la autoridad que la Iglesia justamente quería conservar sobre las inteligencias en materias de fe y moral. Esta distinción, naturalmente, no podía ser hecha del mismo modo que se hace ahora, dado el estado de la investigación científica de entonces. Solamente las mejores inteligencias veían este error, pero sus voces fueron ahogadas por el ruido de las pasiones y de las polémicas. Los modernos no suelen tener en cuenta, cuando juzgan estas cuestiones, las mentalidades de las épocas que critican.

Por lo menos, la Iglesia nos da, en esta circunstancia, una gran lección de civilización, por el modo como trata a sus adversarios

(3) A pesar de todo se mueve.

ideológicos peligrosos. Nuestro siglo, donde abundan los procesos prefabricados, las violencias judiciales y las confesiones «espontáneas»... los «gulags» y los hornos crematorios, arrastra en su arsenal anti-católico este «affaire», mínimo en el fondo, ejemplar en la forma.

Ha sido necesario el genio mixtificador de Voltaire para transformar el «affaire» Galileo en una máquina de guerra contra la Iglesia. Lo que resulta mucho más extraño es escuchar la proposición hecha recientemente por un cardenal de la Iglesia romana en la que pide solemnemente perdón al mundo por la condenación de Galileo: ¡quisiera el cielo que no se hubiesen cometido crímenes mayores en nuestra tierra pecadora!

La Iglesia, la república y los sabios

Se reprocha a la Iglesia la condena de Galileo, que se limitó a residenciarlo en un palacio con la obligación de recitar algunas preces.

En cambio, ¿alguien ha pensado en reprochar a la Primera República Francesa la ejecución de Lavoisier, el creador de la química moderna, que fue condenado por el Tribunal revolucionario el 8 de mayo de 1794 y guillotinado el mismo día? En su libro «Los orígenes de la Francia contemporánea» (libro V, cap. I) Taine expone así este asunto:

«Ante el mismo Tribunal [se refiere al Tribunal revolucionario], el fundador y organizador de la química, el gran inventor Lavoisier, solicitó una moratoria de quince días para concluir un experimento, y el Presidente Coffinhal le contestó: "La República no necesita sabios"» (Wallon, «Histoire du Tribunal Revolutionnaire», III, 402).